

BAULÉ ESPIRITUALIDAD AFRICANA LITA CABELLUT RETRATA LA CONDICIÓN HUMANA
EN A CORUÑA Y BARCELONA ANFÍPOLIS ¿LA TUMBA DE LA MADRE DE ALEJANDRO
MAGNO? INMACULADA VALENCIA REVISLA LA CREACIÓN DEL DOGMA

DESCUBRIR EL

ARTE

Año XIX n° 225
Noviembre 2017 • 4,50 €
Con LIBRO 9,95 €

00225
423793 1 000460

TOULOUSE LAUTREC

CRONISTA DE LA
NOCHE DE PARÍS

UNA MUESTRA EN MADRID DESTACA
SU INFLUENCIA EN PICASSO

EL HALLAZGO DEL MAYOR TÚMULO FUNERARIO DE GRECIA Y LOS RECIENTES DESCUBRIMIENTOS ARTÍSTICOS EN EL INTERIOR DE LA TUMBA NO SOLO TIENEN FASCINADA A LA COMUNIDAD CIENTÍFICA, SINO QUE HAN RENOVADO LA VISIÓN SOBRE EL REINO DE MACEDONIA

ANTONIO PENADÉS

LA ANTIGUA CIUDAD

de Anfípolis se encuentra en la costa de Macedonia oriental, junto a la desembocadura del Estrimón. Construida sobre una meseta abrazada por el curso del río, su topónimo la describe muy bien, ya que significa “ciudad a ambos lados”. Los primeros en establecerse allí fueron los tracios, en concreto la tribu de los edones, y lo hicieron por la riqueza de la zona –oro, plata y madera del cercano monte Pangeo– y por la importancia estratégica del emplazamiento, ya que acogía a los barcos mercantes que hacían escala en la rutas marítimas hacia el Helesponto y el mar Negro, vitales para el suministro de cereal en toda Grecia, y además permitía el control sobre el acceso al valle del Estrimón. De ahí el nombre que los tracios dieron a la ciudad: Nueve Caminos, que los griegos tradujeron como Ennea Hodoi.

En el año 436 a.C., la ciudad fue tomada, colonizada y rebautizada por los atenienses, quienes tuvieron que disputarse su posesión con Esparta. A mediados del siglo IV a.C., Anfípolis pasaría a formar parte del reino de Macedonia, época en la que alcanzó todo su esplendor y de la que procede



LA TUMBA Y EL LEÓN DE ANFÍPOLIS

una de las obras escultóricas más impactantes de toda Grecia, el famoso león de Anfípolis, una inmensa figura de cinco metros y medio de altura –quince desde el pie del pedestal–, esculpida con toda delicadeza sobre mármol de Tasos, que representa un león sentado sobre sus patas traseras.

ENTERRADO EN EL RÍO ESTRIMÓN

El león de Anfípolis data de finales del siglo IV a.C. y fue descubierto en el año 1912, en plena guerra de los Balcanes. Lo halló un batallón de soldados griegos por pura casualidad, ya que sus piezas yacían enterradas en las arenas del lecho del Estrimón. En la década de 1930, miembros de las escuelas arqueológicas francesa y estadounidense ensamblaron los fragmentos, construyeron un pedestal y colocaron encima la figura. Desde entonces el inmenso felino se encuentra allí, junto a la orilla oeste del río y al borde de una carretera comarcal. Quizá debería permanecer en un museo y no a la intemperie, sin vigilancia y expuesta al desgaste del tiempo, pero es de suponer que habrá motivos para ello.

Durante mucho tiempo ha faltado una explicación sobre el sentido del león de Anfípolis, sobre la función exacta que desempeñaba. Se sabía que era un monumento funerario pero se desconocía cualquier dato sobre su contexto. En el año 2012, justo un siglo después de la aparición de los fragmentos en el cauce del Estrimón, un equipo de especialistas dio con uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de los últimos tiempos: una tumba que ha→

La entrada a la tumba, fechada en torno al año 325 a.C., está custodiada por dos grandes esfinges sentadas sobre el dintel.

resultado ser la más grande jamás hallada en Grecia, una inmensa estructura fechada en torno al

año 325 a.C., rodeada por un muro con un perímetro de 500 metros y cubierta por un montículo de 30 metros de alto. Como todas las tumbas macedonias ilustres de la época, comprenden distintas dependencias soterradas a las que se accede atravesando la fachada de un templo, y todo ello, tanto las cámaras como la entrada porticada, decorado con pinturas y esculturas de la máxima calidad. Hoy podemos considerar, aunque quizá nunca alcancemos la certeza absoluta, que el león de Anfípolis formaba parte de este inmenso conjunto funerario, ya que el estilo artístico y el mármol empleado, procedente de las canteras tacias de Alikí, coinciden en ambos.

“MUJERES DE CARIA”

Por ahora nadie se puede acercar a la colina de Kasta –ese es el nombre del montículo–, pero existe abundante información sobre los progresos llevados a cabo por los arqueólogos. Si descendiéramos por la escalera que conduce hasta el interior de la tumba veríamos que la entrada está custodiada por dos grandes esfinges sentadas sobre el dintel y, más adentro, tras una cámara abovedada pavimentada por mosaicos que representa al dios Hades llevándose consigo a Perséfone al inframundo, hay un muro que protege el habitáculo del sepulcro. A ambos lados de esa puerta se elevan dos cariátides de 2,27 metros de altura ataviadas con túnicas vaporosas que conservan, al igual que los demás elementos de la tumba, restos de su pintura original. El artista que dio vida a estas “mujeres de Caria”, de una belleza comparable a las famosas cariátides que adornan el Erecteion de la Acrópolis de Atenas, parece ser el mismo que esculpió el león de Anfípolis.

Falta por resolver quién es el ocupante principal de tan insigne sepultura. El tamaño del túmulo es diez

AL IGUAL QUE TODAS LAS TUMBAS MACEDONIAS ILUSTRES DE LA ÉPOCA, POSEE DISTINTAS DEPENDENCIAS DECORADAS CON PINTURAS Y ESCULTURAS

veces superior al de la tumba de Filipo II de Macedonia, hallada en 1977 en Vergina –la antigua Egea–, por lo que no hay duda de que se trata de un personaje histórico de primerísima fila. Y aunque el primer impulso nos lleve hasta Alejandro Magno, debemos descartarlo, ya que las fuentes documentales coinciden en que su cadáver fue conducido hasta Egipto para ser inhumado en Alejandría.

Se ha especulado con que sea la tumba de algún general del círculo más cercano de Alejandro Magno, como Laomedonte, Hefestión o el almirante Nearco, y también se ha barajado la posibilidad de que allí esté enterrada Roxana, la princesa bactriana con la que se casó Alejandro, acaso acompañada por el hijo de ambos. Después de la muerte del gran rey, acaecida en Babilonia en junio de 323 a.C., mientras sus generales enfrentaban a sus ejércitos para repartirse el imperio, Casandro de Macedonia mandó asesinar a Roxana y al chico cuando este tenía trece años de edad. Se da la circunstancia de que madre e hijo vivían entonces en Anfípolis. Sin embargo, las pruebas apuntan en otra dirección.

Un comunicado oficial informa que los arqueólogos alcanzaron la cámara mortuoria, sin signos de haber sufrido expolio alguno, y que hallaron nada menos que 550 huesos. Una vez clasificados, concluyeron que los restos pertenecen a cinco personas distintas: una mujer de unos sesenta años de edad, dos hombres del entorno de los cuarenta, un recién nacido y un adulto cuyo cadáver fue incinerado.

Se abre así una opción bastante plausible, sin duda la más sólida de todas: que allí yacía Olímpíade de Épiro, la madre de Alejandro Magno. Una mujer de carácter muy fuerte que supo jugar sus bazas y que mantuvo una estrecha relación con su hijo a lo largo de su juventud. La cronología coincide plena-

mente, Olímpíade murió en 315 a.C., época en que se construyó el complejo funerario, con sesenta años de edad. Si ella fuera la ocupante de tan magnífica tumba cobrarían pleno sentido las palabras de Quinto Curcio al afirmar que Alejandro “había decidido consagrar a su madre a la inmortalidad”.

SACERDOTISAS DE DIONISO

Tras su estudio, las dos cariátides que flanquean la entrada a la segunda cámara han resultado ser *klodones*, sacerdotisas de Dioniso, lo que nos remite de inmediato al siguiente pasaje de la *Vida de Alejandro* de Plutarco: “Iniciada en los misterios de Samotracia, Olímpíade solía participar en ritos órficos y orgías dionisiacas, ansiaba más que las otras los raptos y se comportaba de forma más bárbara en los delirios”. La reina madre habría elegido a estas sacerdotisas transfiguradas en cariátides como la mejor compañía en su tránsito hasta el más allá.

Se trata de tres coincidencias importantes que aún no alcanzan la categoría de definitivas, pero nuestro admirado felino, el león de Anfípolis, podría proporcionar una clave adicional. Para ello hay que recordar que a Hércules, hijo de Zeus y de la reina Alcmena, se le consideraba el primer ancestro de la dinastía macedonia, por lo que Alejandro quiso reforzar sus vínculos directos con el adorado semidiós bajo la idea de que también él era hijo del señor del Olimpo y de una reina mortal. En este sentido, Plutarco narra en su obra que “Filipo se vio a sí mismo en sueños colocando un sello sobre el vientre de su esposa y, según le pareció, el relieve de dicho sello consistía en la imagen de un león. El adivino Aristandro de Caria, consejero de la corte, interpretó que Olímpíade estaba encinta, pues no se sella lo que está vacío, y también que llevaba en su seno un niño valeroso con la naturaleza propia de un león”. Aquí Plutarco recoge y adorna la leyenda de época helénica que convertía a→



Esta inmensa figura de cinco metros y medio de altura, esculpida en mármol de Tasos, representa a un león sentado sobre sus patas traseras. Descubierta en 1912, sus fragmentos fueron restaurados y ensamblados en la década de 1930.

DE ACUERDO CON LA CRONOLOGÍA DE LA SEPULTURA, LA OPCIÓN MÁS SÓLIDA ES QUE EN ELLA YAZCA OLIMPÍADE DE ÉPIRO, LA MADRE DE ALEJANDRO MAGNO

Alejandro en hijo de Zeus y, por tanto, en hermanastro de Hércules, el gran héroe que en su adolescencia cazó al león de Citerón y vistió sus pieles.

La fiereza y la nobleza, atributos leoninos, constituyen las principales virtudes de Alejandro Magno, el mayor genio militar de la historia. Cuando, con apenas veinticinco años, encabezaba su expedición hacia el corazón del Imperio persa, decidió desviarse hasta el oasis de Siwa, en las arenas del desierto de Egipto, para proclamarse hijo de Zeus-Amón. El fulgurante rey de Macedonia, ya entonces el hombre más poderoso del mundo, adoptaba así de forma oficial la condición de hermano de Hércules, compartiendo con el héroe la simbología relacionada con su primera hazaña, la victoria sobre el león de Nemea. A partir de entonces, las monedas que circulaban por Europa y Asia, acaso la mejor herramienta propagandística de la época, mostrarían a Alejandro Magno cubierto con un yelmo confeccionado con la cabeza de un león y acompañado de Zeus, su todopoderoso padre.

TRAICIONES Y ODIO

Algún día se conocerá la identidad de los moradores de tan descomunal tumba a lo largo de estos veinticuatro siglos. Mientras tanto resulta defendible la idea de que se construyó para Olímpide, la mujer que logró imponerse por encima de las otras cuatro esposas de Filipo, todas ellas con un objetivo común: convertir a sus hijos en herederos al trono de Macedonia. Parece además plausible que fuera la misma Olímpide quien eligió ser enterrada en Anfípolis, una ciudad apartada de Egea, la capital que albergaba una corte real contaminada por las traiciones y el odio. Y quizá también supervisara al final de su vida cada uno de los detalles de su propia tumba, ordenando que acompañara al monumento funerario la inmensa y sobrecogedora figura de un león que descansa sobre sus patas traseras, símbolo del semidiós que creció en su vientre, que reinó sobre toda



A ambos lados de la puerta que lleva al habitáculo del sepulcro de época de Alejandro Magno, se elevan **dos cariátides de 2,27 metros de altura ataviadas con túnicas vaporosas** que conservan restos de la pintura original. Detalle de una de estas "mujeres de Caria".

Grecia, pulverizando para siempre el tradicional sistema de ciudades-Estado, que conquistó el continente asiático y que se sentó en el mismísimo trono del rey persa Darío III. Cuánta razón tenía Alejandro cuando afirmaba no temer ejércitos de leones dirigidos por ovejas y que, sin embargo, sí le imponía respeto un ejército de ovejas conducido por un león. El hijo de Olímpide

alcanzó cotas de poder y de gloria que parecían vedadas para un ser humano, algo inimaginable entonces y también en nuestros días. Máxime en una vida de treinta y dos años de duración. Parece muy lógico que sus coetáneos buscaran elementos sobrenaturales para comprender cómo era posible que un hombre transformara el mundo entero. Parece evidente, acaso necesario, que la mujer que engendró aquel ser semidivino debía yacer en un sepulcro colosal como el de Anfípolis. ■

OLIMPIADE SE IMPUSO A LAS OTRAS CUATRO ESPOSAS DE FILIPO, LOGRANDO QUE SU HIJO SE CONVIRTIERA EN EL HEREDERO AL TRONO DE MACEDONIA